

Los seis relatos de Violeta Quevedo publicados hace poco por la Editorial Universitaria permitirán que el seudónimo de Rita Salas Subercaseaux deje de ser tanto más conocido que su obra y de esta forma le evitarán a la autora el riesgo de convertirse definitivamente en otro de nuestros "clásicos"; el que nadie le leñera y todos la citaran se debía a que sus libros eran inencontrables, no, por cierto, a que fueran ilegibles.

Pero si los clásicos tienen la desgracia de no ser leídos, cuentan en cambio con la suerte de estar incorporados al comercio cotidiano de las ideas, y son pocos los que ignoran qué hay tras la palabra Violeta —por lo humilde— Quevedo —por lo que veo—. Se sabe que se trata de alguien que escribía torpemente, que movía a risa frase por medio, que estaba dotada de un candor por completo preparadislaco; se sabe, por último, que estas características ofrecen como resultado, misteriosamente, una lectura de total encanto. La experiencia de ese encanto es ahora posible.

El valor de los relatos de Violeta Quevedo

El afortunado volumen comienza con unas líneas introductorias de Eduardo Anguita, en las que el poeta sugiere claves para la comprensión del fenómeno "quevedisimo", y prosigue con la selección de relatos más disparatados que se pudiera desear. Todos ellos de viajes, Doña Rita y su hermana Sofía, permanentemente enferma, recorrieron mares y continentes en busca de santuarios y sanatorios, sin mucho más capital que una fe enorme y asistidas con la mayor solitud por la Divina Providencia, como la propia Violeta se encarga de reiterar.

Se diría que en pintura, con el Aduanero a la cabeza, la ingenuidad ha logrado frutos más evidentes que en literatura. Entre nuestros pintores se pueden mencionar a Herrera Guevara, a Fortunato San Martín, a Juanita Lecaros... Violeta Quevedo, en

cambio, es caso único, o casi única. Buscarle parientes legítimos es remontarse al medioevo: Arciprestes poetas, reyes cantores, abadesas místicas; o al Renacimiento, con sus crónistas aventureros, fundadores y apostólicos.

La fe cándida es una de sus características, sin duda graciosa, pero también enternecedora. Puramente gracioso, en cambio, es su ya mencionado descuido —por no decir arbitrariedad— formal. Abre una frase con signo de interrogación y la cierra, un tercio de página más abajo, con punto seguido; intercala frases que no tienen nada que ver con el contexto, y las continúa en el párrafo siguiente; o las repite; o las contradice...; es claro que se encuentran algunas oraciones en las que el sujeto dice relación con el predicado, pero no siempre.



VIOLETA QUEVEDO.